

Mañara y su bellísima *Ars magna*, que reactualiza en un París de principios de siglo la prodigiosa presencia de Raimundo Lulio.

¿Qué es la realidad para la poesía y la poética de este segundo Milosz de resonancia en el siglo? Es, sin duda alguna, una combinación de sentimientos más o menos coherentes. En primer lugar, la nostalgia de la «Polis» perdida o degradada, que es al mismo tiempo *humus* natal y sus raíces, pero es también la legión de contemporáneos muertos o sacrificados en grandes holocaustos, ciudades decapitadas, exilio, patrias añoradas. Así se convierte, como poeta de la realidad, en poeta de la «otra Europa». Que sabe denunciar en términos de saga trágica europea una fecha que ya nadie recuerda. La fecha de 21 de agosto de 1939, en que dos tiranos concuerdan el reparto de Europa y el sacrificio de naciones enteras, cuyo refrendo ha sido dado, paradójicamente, por los vencedores de la última guerra y es todavía plena actualidad y constante tragedia olvidada. Si no fuera más que por haber abordado poéticamente este problema como realidad y sustancia poética, además de haberlo hecho con una coherencia formal y un equilibrio incontestables, Czeslaw Milosz ya hubiera sido merecedor del Nobel que él mismo casi ofrece simbólicamente a su pariente y formador más admirado y amado que él en la contemporaneidad. Personalmente nos atrae este poeta de la «otra Europa» que nosotros mismos definimos hace treinta años, desde luego con menos resonancia, «La Europa ausente». La realidad del poeta es la captación de un enigmático impulso. En efecto, él mismo se pregunta en el discurso de Estocolmo: «¿En qué consiste este enigmático impulso que no le permite nunca asentarse en lo concluido, en lo realizado? Yo creo que no es otra cosa que la búsqueda de la realidad. Y doy a esta palabra todo su sentido ingenuo y solemne, un sentido que no tiene nada que ver con los debates filosóficos de los últimos siglos.»

La realidad es la tierra con sus raíces y su *humus*, de donde nace la palabra poética, con sus hombres, sus fantasmas, sus glorias y sus muertos. Todo ello capaz de acceder a un nuevo lenguaje de la realidad. De acuerdo con aquel genial descubrimiento de Wilhelm von Humboldt que los estructuralistas, inclusive Barthes y los paralógicos de la lectura, parecen haber olvidado. En su «Diversidad de la estructura de las lenguas humanas», Humboldt decía, y su vida sigue siendo cosa sumamente atractiva para los poetas de la realidad poética, que la formación de la lengua es fruto de dos procesos combinados y concomitantes: una iluminación interior y unas circunstancias exteriores favorables. El descubrimiento de la realidad es para Milosz una sarcástica diatriba contra los hijos de Europa, «hijos del siglo» que han sobrevivido contra los muertos, «crédulos, débiles entusiastas, que no aprecian ni su propia vida». Sarcasmo contra el «Hijo de Europa», «heredero de Descartes y de Spinoza, heredero de la palabra *honor*», que «respeta las habilidades adquiridas en el tiempo del terror». El «hijo de Europa» se coloca en el sentido de la historia porque «el que habla de la historia está siempre seguro, en contra de él no se levantarán los muertos». Ante esta realidad, la poesía salta de nosotros «como si un tigre saltara de nosotros». Con este tigre a cuestas, el poeta se asoma a la vida, a sus nostalgias, a los nuevos paisajes y acontecimientos, al océano lejano y al amor, a la civilización que muere y al mundo de la «Biblia» siempre presente y alentador de saltos de tigre poético, a la aceleración de la historia cuando, por necesidad, «callan las Casandras». Y, ¿por qué no?, al fin del

mundo que el poeta presiente así; lejos de todos los éxodos de las ciudades incendiadas: «El día del fin del mundo / La abeja ronda sobre los geranios / El pescador teje una red luminosa / En el mar juegan los alegres delfines / Los tiernos gorriones saltan en el alero / Y luce dorada la piel de la serpiente / Como debe ser.» Porque, después del fin del mundo, «ya no vendrá otro fin del mundo».—JORGE USCATESCU (*O'Donnell*, 9. MADRID-9).

Un epistolario de Felisberto Hernández

Que *Felisberto* ha ido acrecentándose como uno de los creadores uruguayos más controvertidos desde hace algún tiempo es cosa que, hasta Julio Cortázar, provoca. Como suele ocurrir tantas veces —casos de Arlt, Quiroga o Arguedas—, su mitología, desde la península, no puede completarse porque faltan, casi siempre, los textos. Así, las cortísimas tiradas hacen que algunos críticos —incluso los que trabajan con un tratado de estilística integral entre las manos— pasen por ciertas obras como la marabunta.

El volumen que me ocupa ¹ es raro, al menos, en dos sentidos. Uno, porque no es frecuente la publicación de epistolarios. El otro porque éste, entre Felisberto Hernández y Paulina Medeiros, cuenta con un interesante, extenso prefacio que debo decir apareció ya en esta revista ².

Pero este libro nos agrada por otras razones, siendo quizá la principal su urdimbre. Existe una manera *femenina* de tratar a una persona, aquí convertida ya en personaje, dicho sea sin ningún sentido peyorativo. Pues bien. Este es el caso de este librito y, sobre todo, de su introducción. Pero aquí, también, se consigue que el personaje no se convierta en *máscara*, en general usada cómodamente por los aficionados a denominar o autodenominarse «malditos», «raros», «injustamente olvidados» o *eso* que, según fundados temores de Fernando Savater, puede convertirse en moda: *heterodoxos*.

Cualquier lector de Felisberto Hernández sabe que fue siempre encuadrado entre estas denominaciones. Pero no ha sido el único, ni en América ni en España. Alguien incluso dispararía por elevación hasta Don Pío Baroja acusándole de «falta de estilo», cuando sabemos que se puede conseguir del modo más sencillo si tenemos en cuenta el «Diccionario»: como manera peculiar y privativa de escribir. De todo lo anterior nos informa Paulina Medeiros; para ella la *Concepción Literaria* de Felisberto se fundamenta en que:

«Por carecer de lecturas y conocimientos superiores, encontraba grandes obstáculos

¹ PAULINA MEDEIROS: *Feliberto Hernández y yo*. Libros del Astillero. Montevideo, Uruguay, 1982.

² *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núm. 374. Agosto, 1981, págs. 322 a 343.

para dar forma a sus ideas. Se propuso crear su propio original estilo, simple en apariencia y, sin embargo, arduo por la escabrosidad del pensamiento y la tortura mental de un creador característico como pocos y virgen de literatura.

Se le ha reprochado disponer de un léxico reducido en su propio idioma. En verdad, no fue rico el suyo, pero, ¡qué importaba! El intentó aprehender consiguiéndolo, lo misterioso, lo fantástico que supo dar con inciertos signos gráficos o fonéticos, descarnados y, a menudo, traidores para cualquier otra investigación que no fuera la suya.

Son extrañas su manera y manías en la composición del relato donde rompe y trastrueca las nuevas categorías estudiadas por Tzvetan Todorov y los formalistas rusos, categorías del relato clásico, suprimiendo, alterando, yuxtaponiendo con aparente incoherencia la red de relaciones paradigmáticas en el desarrollo de la narración y, por tanto, su proyección sintagmática final.»

Nos explica en este trabajo curioso —y para curiosos, no quepa duda—, también, todo lo que pudiera acercarnos más a Felisberto, incluso moviéndonos la mitología. Así:

«¿Cómo era Hernández físicamente? Dejaba caer el cabello oscuro y ondulado, desbordándole una sien. Según la foto del homenaje radial citado, que se difundió ampliamente, subyugaba la expresión reconcentrada que prestaban a su rostro enflaquecido entonces, los ojos desorbitados y un poco salientes, de tinte oscuro. Le poseía entonces una gran pasión por la psicología y la metafísica. Publicado *Colling*, seguía escribiendo, más que por afán publicitario, por hallar su verdadero itinerario y paliar la profunda desazón interior.»

El libro, de por sí, debido a la personalidad de Felisberto, predispone a leer la correspondencia. Más lo consigue el prólogo por la sana ingenuidad del tratamiento.

Pero lo que sí desearía es que, además, lograra predisponernos para buscar y rebuscar (a veces con trabajo) la extrañísima producción literaria de Felisberto Hernández.

Yo prometo que, de cuando en cuando, he visto muchos de sus libros arrinconados o amontonados en las casetas de Claudio Moyano. En realidad, y como decía un día Fernando Quiñones, eso es lo que auténticamente consagra a un autor: de otro modo, los libros no vendidos van a parar «al matadero», lo que ahora conocemos como «reciclado». (Ya Eduardo Galeano nos informó en su libro *Las venas abiertas de América Latina* que algunos dictadores ya no prohibían los libros, y decía algo así como que «No es verdad que Marx no está al alcance del público: lo está en forma de servilletas.»)

Si *Felisberto* ya no es un desconocido en ciertas catacumbas, creo que lo mejor es sacarle a la calle de un modo digno, olvidando pedanterías de cuyo significado él estuvo siempre lejos.

¿Loco o genio? Tal vez ni puedan separarse los adjetivos y Felisberto fuera uno de esos locos geniales. Lo que corresponde es leerle y, sobre todo, desde «su» punto de vista.—JUAN QUINTANA (*Matadero*, 4. MIGUELANÉZ, Segovia).